

Texto: Gregoria Hernández

El primer día de diciembre de 1898, en Grosvenor House, tuvo lugar un acto emotivo y de reconocimiento: se presentaba el retrato pintado por John Singer Sargent, hoy en la National Portrait Gallery de Londres, ante un auditorio de amigos y admiradores. Ella agradeció el gesto, en unas palabras con sabor de despedida, a sus sesenta años.

"Cuando yo me haya ido, espero que mis amigos no intenten proseguir un camino determinado, continuar ciegamente las rodaduras que yo marqué en mi vida. Nuevas circunstancias requerirán renovados esfuerzos: es el espíritu, no la forma muerta, lo que ha de perpetuarse. Cuando llegue el tiempo de abandonar nuestro sitio y otros sean llamados como guías hacia el frente de la batalla, ¿qué habrán heredado de nosotros? No un sistema, no una asociación, no fórmulas muertas. Les habremos podido dejar unas pocas casas, limpias y mejoradas, otras nuevas y mejor construidas, algunos parques y espacios libres y abiertos, que serán más bellos de lo que hubieran sido sin nuestro trabajo. Pero lo que más ansiamos dejarles no es algo tangible, ni siquiera un recuerdo, por bueno que sea...sino una mirada atenta para observar, un espíritu veraz para medir, una gran esperanza para agarrar las grandes cuestiones que los nuevos y mejores días que están por venir les traerán".

Este era el autorretrato espiritual y el testamento de

OCTAVIA HILL

¿Qué calificativo atribuirle? Queda para el lector la elección. Porque, si el tiempo pudiera ser un camino de dos direcciones, indudablemente esta entrevista habría tenido lugar y, verosímelmente, a un tenor muy semejante. Cualquier trabajador social hubiera sido feliz de entrar en el 190 de Marylebone Road para conocer a una de esas "mujeres que cambiaron su mundo" victoriano.

–Octavia Hill, cuando mira hacia atrás su vida tan llena de acontecimientos y personas, ¿de quién se siente deudora? ¿Cómo nace esa fuerza en una mujer de su época? Dígame algo de sus primeros recuerdos.

–Reconozco en mi carácter tres grandes influencias. La primera, la de mi abuelo materno, Thomas Southwood Smith, nacido en 1788. Becario del Bristol Baptist College fue expulsado por sus ideas, lo que le impidió llegar a ser un predicador baptista. Rechazado por su familia, fundó la suya. Ahí nació mi madre, Caroline, en 1809. Mi abuela moría en 1812 y entonces mi abuelo, a sus veinticuatro años, dejó a mi madre y a su otra hija con la familia de su mujer, marchando a Edimburgo a estudiar medicina. Como no soportaba la separación, al poco tiempo volvió a Bristol a recoger a mi madre (tenía cuatro años). Fue un experimento maravilloso entre padre e hija, un legado que yo he recibido de simpatía humana y de la firme convicción de que la voluntad puede mover montañas. El abuelo Thomas combinó los estudios con la predicación. Ya entonces decía que la doble capacitación de médico del cuerpo y del alma no es incompatible y el éxito solo puede demostrarse por la experiencia. Se casó de nuevo, empezando a practicar en Londres, en el East End. Practicar la medicina no era suficiente y sus cualidades de predicador las empleó en una reforma de la sanidad pública y una adecuada legislación sanitaria, convirtiéndose en líder de la reforma social y sanitaria.

–Hermosa experiencia de hija la que disfrutó su madre. ¿Algo más de ella?

–Sí, déjeme. La segunda y tercera influencia las atribuyo a ella y a mi padre, por diferentes razones. Mientras el abuelo Thomas se ocupaba de la reforma sanitaria, su hija Caroline –mi madre– escribía sobre teorías de la educación, siguiendo la escuela de Pestalozzi, aquel pedagogo suizo del siglo XVIII que sostenía que la observación era la base más segura del aprendizaje y que el desarrollo del niño debía seguir su curso natural. Un viudo, James Hill, comerciante de maíz y banquero, admirador de sus artículos, le pidió que fuera el ama de llaves de su casa y la preceptora de sus hijos (cinco chicas y un chico) resultado de sus dos matrimonios anteriores. El compromiso de mi madre acabó en matrimonio con el viudo James. La pareja se estableció en Wisbech, en una casa de estilo georgiano de noble apariencia. Mi madre me recordaría, años más tarde, la fortuna del que sería mi padre, su talento para los negocios, sus aventuras en la política, sus iniciativas de periodista y publicista (el periódico "The Star in the East"). Se amplió la familia: mi hermana Miranda nació en 1836, Gertrude en 1837 y mi madre seguía acompañando a su marido en todas sus batallas. El periódico era la empresa familiar y el barómetro de las actividades de los Hill.

–¿Y usted?

–Nací en un momento financiero desastroso para mis padres. Era el 3 de diciembre de 1838. Y mi nombre no fue muy original: al ser la octava hija de James Hill me pusieron Octavia. Con el prestigio de mi padre por tierra, tuvimos que establecernos en Essex y ahí nació mi hermana Emilia. Seguimos el

éxodo: Hampstead, Gloucesterhire, Leeds. Aquí nació la décima hija de mi padre, Florence, en 1843, y por este tiempo mi padre tuvo un serio ataque nervioso y mental que condujo, por razones médicas, a la separación de su familia. Por cierto, mi padre pertenecía desde hacía tiempo a la escuela de Owen, el reformador social.

Mi madre, con nosotros, se estableció en Finchley (norte de Londres) apoyada financieramente por su padre, cuya casa —en Highgate, Fitzroy Park— fue como un segundo hogar para nosotras y la mejor educación posible. Por aquella casa pasaban figuras como F. D. Maurice, John Ruskin, Dickens, Hans Christian Andersen... Unitarios, Cuáqueros, Radicales no conformistas: ése era el círculo de Highgate, la inspiración para nosotras.

Octavia reconoce haber heredado de su padre su extraordinaria capacidad de pensamiento y su instinto para los negocios, aunque finalmente fracasó. De su madre, la simpatía y la imaginación. De su abuelo, la constancia en perseguir sus fines, en contraste con los ideales utópicos de su padre, siempre sostenidos por la fuerza y el carácter de la madre ante los reveses de la fortuna. Esos antecedentes familiares le llevaron prontamente a la edad adulta.

—Comenzar la vida adulta en temprana edad significa enfrentarse a las dificultades por sobrevivir, comenzando por el trabajo. ¿Es entonces, Sra. Hill, cuando empieza la primera aventura social en el campo de la enseñanza?

—Había empezado a trabajar mucho

antes, pero ya se lo contaré. ¡Ah, sí, la Escuela! En 1861 muere el abuelo; tuvimos que dedicarnos a lo que sabíamos y a mi madre le apasionaba, la enseñanza. Emily (Minnie, la llamábamos) tenía las cualificaciones necesarias por el Queen's College; Florence hablaba italiano perfectamente y había estudiado música en Italia; Miranda estaba enseñando desde los 13 años y yo ya enseñaba dibujo en el Working Women College. No nos fue difícil encontrar alumnos. Y así, en otoño de 1862, empezó la escuela con ocho alumnas externas. Se les entrenaba en hábitos de pulcritud, puntualidad, confianza en si mismas y un sentido práctico que les fuera útil para sus hogares. Tenían que descubrir su puesto en la sociedad sirviendo a los demás. Se les animó a interesarse por las condiciones sociales, a aprender de primera mano algo sobre sus vecinos más pobres y a ayudarles cuanto les fuera posible. Yo ya les decía: "Espero que alguna de ustedes, las mayores, emplearán su tiempo libre en enseñar a los más pequeños, los domingos u otro día".

Octavia sonríe al recordar aquella escuela familiar.

—Desde un punto de vista moderno aquello no era una escuela. El edificio era inadecuado. No había "aulas". Cuando se adecentaron los establos de detrás de la casa olía horriblemente a caballerías, las ventanas eran demasiado altas para mirar. Era una vida espartana. Mi madre y yo dormíamos juntas en el espacio reservado para la clase de dibujo.

Por cierto, yo no estaba titulada pero encontré tiempo para graduarme en el

Queen's College, en marzo de 1864. Tenía que hacer un gran esfuerzo para preparar mis lecciones cada semana. En la escuela había invitados famosos a cenar, hombres y mujeres que estaban en el trabajo público, en la reforma social, en todas las cuestiones candentes de su tiempo. La conversación estaba llena de interés y era una valiosa parte de la educación de los alumnos que escuchaban, igual que Miranda y yo habíamos vivido de niñas, en la casa del abuelo.

—¿Qué calidad tenía entonces la enseñanza que daban? ¿Qué tipo de control estatal ante una empresa familiar de ese estilo?

—La primera vez que tuvimos que llevar a nuestros alumnos a examinarse fuera obtuvimos muy buenos resultados. Recuerdo mi impresión de entonces. El efecto en nuestros alumnos fue extraordinariamente agradable, ganando seguridad gracias a los exámenes y a la relación con estudiantes de otras escuelas. Tenían la sensación de no estar aislados, de trabajar al mismo tiempo que un numeroso grupo de jóvenes de toda Inglaterra. Pero, ¡cuidado con los exámenes y los test! Los exámenes requieren un cuidadoso y noble uso. Hay que mirar siempre más allá de ellos o no se los podrá considerar recatemente. Porque hay otras cosas mejores que deben ser enseñadas y, sin embargo, no son materia de controles. Estudiar pensando en los exámenes es peligroso; aprender, por el afán de aprender y conocer, es el único motivo legítimo. Y eso es algo que escapa a toda valoración.

Esta experiencia académica de Octavia a sus 23 años, en Nottingham

Place, no era ciertamente una aventura para una joven que a los diez y siete años había escrito a su hermana Emily que no le interesaba un trabajo, por muy bien remunerado que estuviera, si le impedía el trabajar por los demás. ¿Qué había en aquella clase media de la época victoriana? Era la clase de las Brontës, Elliot, Darwin, Dickens... La clase media victoriana, desde 1850 mostraba una variedad, versatilidad, ardor espiritual, el sentido de lo público, ímpetu literario y artístico propio de aquellas familias que ni eran terratenientes ni tenían que trabajar con sus manos. Las cuestiones sociales estaban en el ambiente y empezaron a agitar los sueños, si no las conciencias, de aquella clase media a la que pertenecían. En el caso de Octavia ese aprendizaje de la miseria y degradación de la vida del Londres pobre comenzó a los 14 años, adquiriendo una visión muy objetiva, aunque personal: no era el momento de discursar, sino hacer trabajo práctico. Entramos en este tema que abraza sus intervenciones en la vivienda de los pobres, su filosofía de la ayuda, su capacidad para transmitir y entusiasmar.

—Señora Hill, haber llegado a ser una experta en el problema de la vivienda, hasta el punto de considerarla como inspiradora de la Artisan's Dwelling Bill (1875), ser conocida fuera de Inglaterra por el "método Hill" de viviendas para los pobres, ¿es la construcción benéfica de viviendas de realojamiento... o hay algo más?

—Mire: destierre toda idea contemporá-

nea suya en torno al tema. Yo conocía bien las casas de los pobres, y no en su aspecto de equipamientos sino en los hábitos que perpetuaban en sus inquilinos. Lo había discutido muchas veces con Ruskin y, gracias a su generosidad, pude pasar de una "mera visión" a la acción. ¿Objetivo para los inversores? Un rendimiento del 5% del capital invertido. O sea, rentas que el inquilino pobre tenía que pagar escrupulosamente. Ahí hacía falta ayuda educativa, porque sólo proporcionar techo era perjudicial. Como una inversión del dinero que me prestó Ruskin compré tres casas en Paradise Place: esa fue la primera propiedad que gestioné. Las tres casas de aquel sucio patio tenían 192 paños de cristal en sus ventanas, de los que solamente 8 estaban intactos. Cada habitación era el domicilio de una familia. No se puede imaginar cómo vivían y la persistencia de la degradación a que se sometían. Las casas estaban ocupadas: inquilinos que se conformaban con un pequeño trabajo y mal pagado, pero que sabían sobradamente cómo obtener lo que necesitaban. Una moneda la conseguía un niño con su trabajo o pillería, otro conseguía algo más mendigando. Eran el resultado de un gigantesco montaje de caridades entrecruzadas que quitaban al hombre la mitad de sus responsabilidades como persona, no de una vez y por todas, clara y definitivamente. Obteniendo ayudas aquí y allá no hay seguridad, no hay orden en esta manera de sobrevivir. Obtienen nuestros donativos sin agradecimiento y nosotros les maldecimos por su cambiante servilismo e ingratitud. Pero luego vendrían más casas, más planes, más inversiones.

Si le entiendo bien –y así se lo hago ver–, Octavia es una eficaz recaudadora de capitales para invertir en el sector inmobiliario, en un intento por canalizar de modo eficaz la sensibilidad de su época ante las degradantes condiciones de vida. Pero no; no la he entendido apenas. Por ello insiste:

–Creo que el éxito de la vivienda para los pobres no está en los ladrillos y el mortero, sino en unos gestores formados y bien preparados. Desde el primer momento yo nunca tuve que esperar por falta de capital. Siempre he llevado un cuaderno con una larga lista de gente que da dinero para invertir. Y solamente cuando tengo trabajadores para ocuparse de las viviendas, entonces –y solamente entonces– recorren mis ojos la lista y pienso quién será el mejor para trabajar y dónde. Nunca, desde 1864, tuve que esperar un solo día por falta de dinero para las viviendas.

–Es decir, que su creciente reputación le trajo muchos recursos. Este incremento estaba limitado no por la cantidad de capital disponible sino por el número de trabajadores que podía gestionar. Necesitó entrenarlos y esto le llevó a ocuparse menos de los inquilinos. ¿Una decisión difícil?

–Tuve que escoger deliberadamente, para el bien de la mayoría de los pobres, al menos por un tiempo, dejar a otros el trabajo cara a cara con las personas. Yo no podía atender a los pobres en las viviendas que atendíamos. Anhelaba, sin embargo, el tiempo en que esa necesidad se superase y yo pudiera volver a mi pequeño y conocido grupo de pobres. Pero la formación de mis compañeros en el trabajo social

dentro de las viviendas se había convertido en una tarea urgente.

Octavia había sido una polemista peligrosa en el debate de su tiempo sobre la ayuda a los pobres. Más tarde se enfrentaría vigorosamente al estilo del Ejército de Salvación del Gral. Booth. En sus principios tenía que preparar a sus ayudantes, para no desvirtuar el sentido de la acción social, incluso frente a las tendencias que empezaban a difundirse. Fue tajante.

—Para mí el significado más profundo del ser humano es su espíritu, más que su prosperidad material. Por mucho que hoy se diga desde el pensamiento oficial, me parece una blasfemia contra la dignidad humana la afirmación de que "hasta que no se han satisfecho las necesidades corporales, tienen que aguardar las necesidades del espíritu". Ningún hombre debe recibir un donativo que no le ayude a ser mejor, más fuerte y más independiente. Pido al rico una cosa mucho más arriesgada que dar su dinero: que promueva la relación natural entre sus vecinos más pobres, el conocimiento mutuo, la ayuda benévola; que tiene que mirar al pobre primeramente como marido, como mujer, como hijo o hija...antes que considerarlo como miembro de una clase separada y diferente; que use su dinero de tal manera que el pobre, tan pronto como pueda, se independice de él. No es posible una relación social completa cuando uno siempre da y otro siempre toma. Hay una tarea mucho más atractiva que dar dinero. Y mi principal argumento fue siempre mostrar la prosperidad, comparativamente, de los inquilinos que estaban dentro de las vi-

viendas que nosotros gestionábamos, acompañándoles con un trabajo social.

—¿Quiénes podrían ser educados en estos principios? ¿Qué "plan de formación" tenía que ser el más adecuado?

—Necesitaba reclutar visitantes experimentados, cuya función era conocer a las familias a su cargo, entender sus dificultades y angustias, alegrarse de sus éxitos. Creí profundamente en los voluntarios, aunque fuera a tiempo parcial: cualquier chica o mujer, con una vida familiar normal, con sus problemas domésticos y responsabilidades, con sus compromisos sociales estaba inicialmente capacitada para entrar en la vida familiar de otras personas.

Todos tienen una responsabilidad personal hacia los pobres, pero nunca hay que presionar más de lo que voluntariamente cada uno podía dar. Es el incalculable e inmenso valor del "tiempo" dedicado a los demás. Pienso que los regalos de tiempo, más que los regalos de dinero, son esas cosas buenas que producen alegría al dador, y eso no sucede cuando se presiona de forma inconveniente.

También hay que preparar personas a tiempo completo. El entrenamiento para estos trabajadores era fundamentalmente el mismo: tenían que aprender a tratar con la gente, a entender las condiciones en que vivían y los caminos por lo que podían mejorar; tenían que familiarizarse con todas las organizaciones de ayuda, estar preparados para trabajar al servicio de los Comités de ayuda, Comités de Escuelas y Guardianes de los Pobres. Los que se ocupaban de los inquilinos tenían que recoger los alquileres, vigilar la limpieza,

guardar las cuentas y advertir sobre las reparaciones. Además, los que eran completamente responsables de las casas necesitaban un conocimiento técnico de las ciencias sanitarias y de las leyes relativas a los propietarios e inquilinos. Aunque los trabajadores a tiempo parcial necesitaban saber menos que los otros, nunca pensé en diferencias en su actitud hacia el trabajo. Todos eran necesarios. ¿Entiende mi "plan de estudios"?

Afortunadamente, Octavia Hill no tuvo que estar en nuestras actuales batallas universitarias, nuestras pugnas interdepartamentales o nuestros curricula y diplomas. En su empresa formativa Octavia se miraba a sí misma. Su objetivo era hacer a sus ayudantes independientes de ella, y eso sólo podía lograrse otorgándoles una responsabilidad real sobre el terreno. Cada trabajador tenía que tomar sus propias decisiones y enfrentarse a sus propios errores. No había reglas inflexibles para ser mecánicamente aplicadas, algo que pudiera parecerse a un sistema. En su propio distrito cada trabajador era soberano. Decía: "Tomad vosotros la iniciativa, fijad los detalles por vosotros mismos, pensad en los problemas por vosotros mismos, porque vosotros solos podéis. Cuando os hayáis hecho tolerablemente independientes de nosotros, entonces –y solamente entonces– vosotros o nosotros podremos ampliar nuestro campo de acción, pero no hasta ese momento".

La educación femenina no contemplaba entonces la asunción de responsabilidades. Octavia, desde

atrás, se obligaba a sí misma a no interferir, sabiendo que sus alumnas tenían que aprender de sus propias equivocaciones. Sin embargo, su material de trabajo eran las vidas humanas, no resultando fácil observar desde las filas de atrás. Perseveró:

–Es un principio de la vida moderna en los países libres que no somos dirigidos desde arriba, como una herramienta, sino que cada uno tiene que pensar qué es lo mejor que hay que hacer, cada uno en su propio trabajo. El trabajo con la pobreza, tomado individualmente (es decir, con "cada" pobre) es lento, pero es el único camino. Algunos hombres se sientan en sus mesas e imaginan un mundo completamente diferente o especulan si, en caso de que ellos pusieran todo al revés, la confianza en sí mismos no podría desaparecer ante la llegada del confort. Nosotros no sabemos lo que sería este mundo si fuera puesto del revés, lo que sí sabemos es que Dios nos lo ha dado a nosotros, a los que Él ha puesto cerca de nosotros, donde Él nos ha llamado, la fuerza que Él nos ha concedido.

Yo le hablaba desde el futuro. Le exponía las obligaciones del Estado de Bienestar en la garantía de los derechos de los ciudadanos, en la prosecución de mayores niveles de igualdad, el compromiso público con las necesidades de los ciudadanos, las obligaciones de solidaridad manifestadas en los sistemas fiscales, la filosofía del "servidor público" al servicio del ciudadano. Octavia seguía en su discurso. ¿Solamente porque era otra época? ¿Ninguna observación válida para hoy? Adivinando mis pensamientos, comienza:

—Me preocupa muchísimo la creciente tendencia de la legislación a ampliar las ayudas respondiendo fácilmente a las demandas, sin una atención seria a las circunstancias de cada solicitante. Este esfuerzo por librarse de la caridad y sustituirla por una prestación económica, tasa obtenida como un impuesto y luego distribuida como un derecho, me parece doblemente peligrosa: no solamente destruye la independencia de la persona, sino que se lo oculta. No puedo comprender el rechazo actual a que el Estado interroge al necesitado, antes de darle el dinero. Quiero evitar la pauperización subjetiva, que es un insulto al trabajador. Quiero otorgarle los sentimientos que a mí me animan. Valoro el dinero, por supuesto, y lo que con él se puede comprar... pero mucho menos de lo que lo hacen ustedes. La pobreza en sí misma no es un peligro serio. Y esto se lo dice quien ha sentido la dureza de la pobreza real, quien a veces no ha tenido lo suficiente para poder comer y se ha tenido que negar cosas que hoy se consideran necesarias. Creo que la independencia es mucho más importante para la felicidad que la abundancia.

Insisto: estoy en contra del uso de la palabra "gratis" (comidas gratis, servicios médicos gratuitos, etc.). De hecho, nunca estas cosas pueden ser gratuitas, hay que pagarlas, con impuestos o por donaciones. Van a animar al beneficiario (usen, si quieren la palabra "cliente" o "ciudadano") a pensar que el Estado es una gran organización que atiende a todas las necesidades, sin gasto para nadie. Esto conduce inconscientemente a aceptar prestaciones que uno podría y tendría que ga-

narse por sí mismo, ignorando el hecho de vivir entre vecinos frugales o que trabajaban duramente. Toda mi vida he luchado contra la ignorancia de los votantes en lo referente a las finanzas locales o estatales que hacen posible esa "peligrosa" generosidad.

—¿Estado? ¿Sociedad? ¿Mercado? A finales de este siglo demasiadas cosas han cambiado como para no plantear estas formas de provisión.

—Mi opinión del Gobierno central es bastante baja, porque en este terreno muestra ser marcadamente ineficaz. Creo, en la hipótesis de lo público, que los temas de bienestar social se tratan mejor a nivel local.

Añado personalmente una explicación de esas posturas. Para ella, y en su época, el Gobierno central no atraía el interés de las mujeres, en parte porque las excluía del voto, pero también porque se consideraba como una ocupación masculina (asuntos internacionales, defensa, presupuesto nacional), que no actuaba en las áreas de la política social, el bienestar, la vivienda, la educación o la salud. Las mujeres estaban empezando a sentarse, precisamente, en las Comisiones Reales. Y sigue:

—Creo en la autoayuda, mientras mi amigo Ruskin, por ejemplo, confía en la ayuda estatal. Si usted quiere, soy individualista porque desconfío del oficialismo y de las teorías políticas sobre los problemas sociales. Para encontrar un trabajo conveniente a la gente se necesita emprender imaginativamente actividades que se adapten a los tipos de personas en necesidad y a sus circunstancias. Ése es un terreno en el

que solamente se puede entrar por la dulzura, una sutil simpatía humana y el poder del amor humano. Nada de esto tiene que ver con la interferencia burocrática en la vida de los pobres, sino que es lo característico del trabajo individual, preferentemente de los voluntarios que puedan aportar tanto paciencia y conocimientos como firmeza.

—Dejemos de lado, Sra. Hill, al Estado y a sus burócratas. Considero —usted misma lo ha insinuado en nuestra conversación— un grave peligro la falta de coordinación de todo el sistema de ayuda que una sociedad puede poner en marcha para responder a las necesidades de la población. Incluso, ¿no podría coordinar mejor el Estado? Más aún, ¿acaso no es posible que aparezcan diferencias, perjudiciales para los pobres, entre las organizaciones que se ocupan de la acción social? Por motivos religiosos, por diferencias políticas, por estilo de las propias organizaciones...¿no nos encontraríamos con un desperdicio de energías y recursos?

—Cierto. Déjeme contarle alguna experiencia significativa, aunque altere el orden cronológico de los acontecimientos.

La puesta en práctica de las lecciones aprendidas en la mejora de las viviendas de los pobres se me ofreció en el vecindario más pobre de St. Mary's Church en Marylebone. Preparé un cuerpo de voluntarios para conocer personalmente las necesidades de los solicitantes. Este procedimiento funcionó. El memorandum que escribiría en 1874 ya describió ese sistema como una perfecta combinación de las agen-

cias oficiales y voluntarias que tratan los casos de las leyes de pobres. Mi objetivo último era más amplio: cambiar la población pobre de Londres en una población, cuando fuera posible, de trabajadores autónomos, partiendo de una masa de pobres totales o semi-pobres.

Comenzamos con la supresión de los vales para carbón, las comidas gratuitas y cualquier forma de asistencia en dinero. Toda situación de necesidad fue cuidadosamente investigada a través de los recursos de la familia, ofreciendo trabajo y retirando cualquier ayuda financiera, si el trabajo no se hacía. ¿Resultados iniciales? Me gané la hostilidad de aquellos a los que quería ayudar. Lo que buscaba era un poquito de educación de adultos, un trabajo reformador para una población corrompida por los donativos indiscriminados. Más todavía, me encontré con la amarga oposición de las actitudes conservadoras: entendían la caridad como una emoción gratificante y no como un principio racional. Los que deseaban recibir el agradecimiento de las clases bajas encontraron perturbadora la actividad de una organización que pedía ideas claras y no solamente dinero. Esto fue lo que condujo, en 1868, a fundar la London Association for the Prevention of Pauperization and Crime, posteriormente Charity Organization Society (COS).

Octavia había podido extender su experimento a otras parroquias de Londres. Contó con el apoyo de los obispos, aunque el clero fue más reticente. Iban a su aire y no les gustaba que su gente fuera investigada por un cuerpo ajeno. Se quejaban de

que en la Sociedad todo era organización y no caridad. Y la Sociedad se defendía acusándoles de sentimentalismo y de obstruccionismo. Octavia era tajante: "La COS tiene que asegurar ayuda abundante cuando sea necesaria y detenerla cuando resulte injuriosa. Para ello tiene que ganarse la confianza tanto de los donantes como de las agencias asistenciales. No se puede enseñar cómo ayudar a una persona ni siquiera preguntarle qué espera hasta que no te has hecho cargo de él. Los voluntarios de la COS tienen que evitar convertirla en algo frío, necesitan ganarse el apoyo del clero local y ayudarles en la reforma de sus caridades".

—Señora Hill, ¿algún problema con otras instituciones asistenciales de su época?

—Evidentemente, supongo que se refiere a mis discusiones con los métodos del General Booth. Era aquél un momento de preocupación. Las pródigas ayudas distribuidas por la Mansion House no solucionaron las angustias del invierno del 67-68. Todos los que trabajaban socialmente en Londres estaban profundamente afectados por el pauperismo creciente. Los salarios eran bajos, el desempleo aumentaba, los ricos eran cada vez más conscientes de la pobreza que les rodeaba. Pero los ríos de dinero que corrían hacia cualquier llamada no eran —ya se lo he dicho— una medida inteligente. La publicación del libro "In Darkest London", del Gral. W. Booth, fundador de la "Salvation Army" (Ejército de Salvación), con sus descripciones de la suciedad, la pobreza y la sórdida miseria motiva-

ron nuevos flujos de dinero hacia su institución. Protesté contra la indiscriminada distribución de recursos, centrándome en dos críticas principales al Ejército de Salvación y su modo de atender a los necesitados.

Respecto a esto último, niego la afirmación de que todo podía ser solucionado con dinero. Esto llevaba a los ricos a decir: "Nosotros damos el dinero y el Ejército de Salvación da los consejos y la ayuda". Pero reducir la responsabilidad de los ricos a un problema de caja era una herejía condenable. Respecto a lo primero, rechacé la administración autocrática del General, convencida como estaba de que el dinero solamente podía ser dado y recibido sin degradación cuando el donante se cuida y entiende la necesidad del que recibe.

—Hay dos espaldarazos públicos a su actividad. Uno, su nombramiento en 1875 para formar parte del Consejo Central de la Charity Organization Society. Otro, su designación, en 1905, para pertenecer a la Comisión Real sobre "Las Leyes de Pobres y el Auxilio en las Necesidades". ¿Podemos saber algo respecto a sus reacciones? Porque, a nadie hoy se le oculta que sus puntos de vista sobre el papel de la mujer distan mucho de lo que hoy se entiende por el más elemental feminismo.

—Dejemos por un momento el tema de la mujer, y hablemos de esas dos experiencias mías de vida pública. Sí, fue en 1875 cuando me pidieron que aceptase ser miembro del Consejo Central de la COS. ¡Cómo podía negarme, después de tantos años de trabajo! Yo desconfiaba de la centralización, prefe-

ría las organizaciones locales más pequeñas y más dependientes del apoyo de los vecinos más próximos. Pero no podía negar otra evidencia a favor de la centralización: no era justo que los distritos más ricos tuvieran que sostener solamente a lo pocos pobres de su vecindario, *ni era posible que los distritos pobres produjeran bastante para sus necesidades.*

–Pertener a una Royal Commission fue un gran honor. ¿Lo sintió así?

–Me resistí un poco. Tenía ya sesenta y siete años y me había dedicado a los pobres desde los primeros años de mi vida pública. Había fraguado mi estilo, había asentado mis convicciones. Yo estaba interesada en las personas, no en las categorías. La organización tenía un lugar, pero una organización no puede funcionar sin manos humanas. El contacto personal con los pobres en sus casas, por voluntarios y por trabajadores preparados puede, por sí solo, afectar a la miseria real y previsible. Tenía que mantener principios que hoy son lugar común, pero no todos, insistir *–para la reforma–* en el contacto personal con los pobres como personas, *prefiriendo los esfuerzos locales a las grandes organizaciones centralizadas.* Mi lema era: "Trabajo para los capaces y pensiones para los viejos, pero nunca pequeños e irregulares donativos".

–¿Cómo trabajaba una Comisión Real? Mejor, ¿cuál fue su trabajo?

–La Comisión todavía buscaba evidencias en 1907. Entonces escribí: "La solución no depende de la maquinaria organizativa que la Royal Commission pueda recomendar y el Parlamento establecer, sino en la muchedumbre de

hombres y mujeres llenos de fe a los que Inglaterra pueda inspirar como servidores convencidos, en medio de sus múltiples actividades". Tuve más de 200 reuniones, 1.300 testigos, visitas a las casas de trabajo (work-houses). Los materiales ocuparon cuarenta volúmenes y el Informe fue el más amplio que jamás salió de una Comisión Real. Solamente le digo que el resumen de prensa tenía tres páginas completas del "Times".

El informe tenía dos partes: la administración de las leyes de pobres y el trabajo de las agencias de ayuda de los voluntarios. Por primera vez se trató el tema del desempleo. Firmé el informe de la mayoría, diferenciándose en algunos puntos. Más que municipalizar las leyes de pobres, añadiendo nuevas cargas a gente ya ocupada, prefería un grupo específico de personas elegido para este propósito. Eso atraería el servicio de los interesados en los pobres, los que fueran capaces de hacer un esfuerzo indivisible hacia ellos, libres del peso de los asuntos municipales y no deseosos de ganancias políticas".

–Señora Hill, me admira el tesón que mostraron las sufragistas de su tiempo, luchando por el voto femenino. Usted estuvo en contra de esa presencia de la mujer en la vida pública, y sin embargo nadie como usted abrió caminos nuevos a las mujeres de su tiempo. ¿Sirve la mujer solamente para la acción asistencial pública y para la vida privada? En unos tiempos de lucha por las igualdades y contra la discriminación, ¿qué se puede aprender de Octavia Hill?

–Octavia Hill tiene una visión de la

mujer que no es ciertamente la del tiempo de usted. Por supuesto. Yo pensaba que ahora que las mujeres habían encontrado una amplia avenida para sus energías y capacidades, a través del trabajo social con los pobres y en el campo educativo, el asunto del voto era una especie de pista falsa trazada en el camino de sus trabajadores, que les impedía tomarse el interés necesario en aquellas materias para las que los considero especialmente adecuados".

—Realmente, el tema del sufragio femenino era desaprobado por muchos. Octavia Hill no explicó, al final de sus días, por qué el sufragio femenino tenía que impedir a las mujeres su trabajo en el bienestar. Desde la reina Victoria hasta Beatriz Webb en su juventud, muchas mujeres activas y, por lo demás, ilustradas, estaban en contra. En parte, como fruto de la cultura política del período en la que estaba extendida una amplia desafección hacia la corriente principal de la política. Una carta al Standard, en 1910, expone sus puntos de vista en una forma muy reaccionaria.

—Mi fe está puesta en la persona, el hogar y la familia. Estoy profundamente convencida que la vida de casa prepara para otro trabajo... Creo que el hogar está lleno de las más profundas bendiciones. Estamos trabajando por el bien de los hogares y es tarea nuestra que nuestro trabajo lo demuestre cada día más intensamente. Hay una diferencia entre la familia trabajadora, necesitada de un respaldo para hacer frente a la adversidad, y la familia de clase media, en la que la seguridad financiera y

unos adecuados valores morales se dan por supuestos.

—En resumen, que no le gustaban las mujeres en la vida pública, como tampoco los políticos en general. Necesitaba entrenar mujeres para el trabajo social. Pensaba que su eficiencia sería deteriorada por la actividad política. Su interés estaba en el servicio directo a los pobres. ¿Serviría de algo ante los políticos? Así era su convicción, bien lejos de la adscripción partidista.

—Se lo diré con otras palabras, que expresan los objetivos que creo que deben perseguirse por parte de las mujeres: mantener la independencia política y personal, ser libre para trabajar con hombres y mujeres de todos los partidos, arrastrar a los que están en alianzas políticas opuestas dentro de una relación común, trabajar para ese público no articulado —el que no es laborista, o liberal o conservador, de la izquierda o de la derecha— y cuya voz raramente es oída, salvo en tiempos de emergencia. Solamente entonces nuestra voz será reconocida como la voz de Inglaterra. **Y así, de esa forma tan patriótica y victoriana, acabó la conversación entre ella y todos los que, conmigo, encontramos en su grandeza las raíces de nuestro Trabajo Social. El ejemplo sigue válido. Las palabras con cuya cita comencé, las que explican su herencia, vale la pena no olvidarlas y volverlas a releer.**

Cronología de Octavia Hill

- 1838 Nace en Wisbech, el 3 de diciembre.
- 1852 Comienza su trabajo en Londres en la cooperativa Ladies' Guild que dirige su madre, promovida por los Socialistas Cristianos.
- 1853 Primer encuentro con John Ruskin, que le ayuda en su formación artística.
- 1856 Secretaria en las clases para mujeres del Working Men's College, en Great Ormond Street.
- 1861 Funda con su familia una escuela para niños, en el 14 de Nottingham Place.
- 1864 Consigue interesar a Ruskin en su proyecto de rehabilitación de viviendas.
- 1865 Compra las tres casas de Paradise Place.
- 1873 Coopera con la "Charity Organization Society".
- 1877 Se toma un período de descanso viajando por el Continente.
- 1877 Se une a la Kyrle Society, fundada por su hermana Miranda.
- 1884 Los Comisarios eclesiásticos le encargan la gestión de gran parte de sus propiedades en Southwark.
- 1889 Renuncia a entrar en la "Royal Commission on Housing".
- 1895 Colabora en la Fundación de la "Commons Preservation Society" y funda el "National Trust for places of historic interest or natural beauty".
- 1905 Miembro de la "Royal Commission on Poor Laws".
- 1912 Muere en el 190 de Marylebone Road y es enterrada, según sus

instrucciones, en Crockham Hill, Kent.

Nota:

Las palabras puestas en boca de Octavia Hill, en esta entrevista-ficción, son prácticamente palabras textuales suyas, obtenidas en las cuatro biografías siguientes, pero que por el tipo de texto no incorpora las referencias (epistolario, folletos, conferencias, etc). Tengo que agradecer a la Srta. Mary A. Peters su amabilidad al facilitarme el préstamo bibliográfico de la biblioteca de la Universidad de Bristol. Ésta es la bibliografía utilizada:

- E. MOBERLY BELL (1942) *Octavia Hill. A biography*, London, Constable, 297 págs.
- William THOMSON HILL (1956) *Octavia Hill. Pioneer of the National Trust and Housing Reformer*, London, Hutchison, 208 págs.
- Nancy BOYD (1982) *Josephine Butler, Octavia Hill, Florence Nightingale: Three Victorian Women Who Changed Their World*, London, Mac-Millan, págs. 95-166
- Gillian DARLEY (1990) *Octavia Hill*, London, Constable, 399 págs.